

# La razón extraviada

Fernando Tenorio Tagle\*

La significación de la modernidad y la unicidad de su razón han implementado finalmente la condición de la posmodernidad, que avanza al descubrimiento de un nuevo mundo; la violencia gestada en la modernidad encuentra una contraviolencia igualmente extraviada, escenificada en la mundialización evidenciando la pluralidad de mundos en los cuales se observa la diversidad cultural; esta metamorfosis transforma a las víctimas invisibles siempre en dependencia de la masificación de la información.

*Modernization's meaning and the uniqueness of its reason have finally implemented the condition of postmodernism, that advances the knowledge of a new world; violence created in modernity finds a violence in return equally lost, that shows in globalization making evident the pluralism of worlds in which you can view the cultural diversity; this metamorphosis transforms the invisible victims always depending on the information that is released to the masses.*

Evocando un extraordinario ensayo de Elías Canetti,<sup>1</sup> al cual me referiré más adelante, Eligio Resta<sup>2</sup> viene a mostrar la diferencia que existe entre las culturas que él denomina de la fuga y aquellas otras que tienen conciencia de las palabras, es decir, que tienen conciencia de los diversos cambios o mutaciones de sentido que las palabras mismas podrían transparentar si nos aproximamos a ellas de manera escrupulosa, tal como recomendaba Karl Krause: *entre más mires de cerca una palabra, más lejos esa mirada te llevará*. Ser custodio de la metamorfosis puede entonces conducir a la aventura humana y no sólo al relato de una especie dominante, incluso asumirse como “especie dominante” de sus mismos pares.

La tragedia de Nueva York,<sup>3</sup> como la de Afganistán, al inaugurarse el tercer milenio, forman ambas, parte de la misma entramada humana rastreable en todos los contextos como en todas las historias, en aquellos momentos límite cuando la razón parece abismarse

por las emociones. Si valoramos semejantes hechos, no distantes en su referente material con aquellos otros verificados desde las guerras de conquista y colonización occidentales, por ejemplo, al Holocausto en el que esa misma racionalidad se debatió, parece irrefutable la afirmación de Adorno: toda cultura después de Auschwitz incluyendo su crítica no es sino basura. Y es que las nostalgias de los tiempos de lucha sustantivadas con el término de la *miseria* que contextualizó la Guerra Fría (*la miseria de la razón; la miseria del historicismo; la miseria del estructuralismo*), como de los tiempos de sus clausuras que figuraron en la literatura especializada el *fin de las historias* como el *fin de las ideologías*, por ejemplo, pueden reavivar las razones extraviadas, particularmente por parte de quienes no experimentaron sino observaron a semejantes actos y sus nostalgias.

La llamada “solución final” del exterminio conducida por la Alemania nazi, parece avanzar igualmente como forma de la razón de todo terrorismo y de la razón de sus actuales perseguidores, más allá de las inconsistentes justificaciones invocadas que pretenden ocultarla, es decir, que pretenden encubrir el posible consenso de una forma de heterofobia.

Entonces, la violencia, que sigue reafirmandose como atributo humano y más allá de la legitimidad

\* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.

<sup>1</sup> Me refiero al ensayo “La labor del escritor”, contenido en *La conciencia de las palabras*, FCE, México, 1980.

<sup>2</sup> Cfr. “La desmesura de los sistemas penales”, en *Poder y control*, núm. “0”, Barcelona, 1985.

<sup>3</sup> Con este término me refiero a las acciones terroristas verificadas en territorio de Estados Unidos de Norteamérica el día 11 de septiembre del año 2001.

que se invoque, sólo puede perseguir aquellas dos finalidades, que nos enseñase, entre otros, Walter Benjamin:<sup>4</sup> *producir o conservar derecho*. Y esta afirmación que reta la conciencia del más puro jurista, puede evidenciarse en la violencia de las guerras y las que éstas desatan. Ciertamente la palabra *jus* (la raíz de *justitia*) o expresión de fuerza, no designa otra cosa que la decisión del estado de las cosas.<sup>5</sup>

Por ello, nunca como hoy vuelve a cobrar sentido una de las formas ensayísticas con la que Octavio Paz va perfilando a la alteridad: “Cada sociedad se asienta en un nombre, verdadera piedra de fundación; y en cada nombre, indica Paz, la sociedad no sólo se define sino que se afirma frente a las otras. El nombre divide al mundo en dos: Cristianos –paganos, musulmanes– infieles, civilizados –bárbaros,... nosotros– ellos.”<sup>6</sup>

En ese contexto de una alteridad tan amenazante como dotadora del sentido propio, entonces, hasta cierto punto conformando elementos parasitarios entre sí, merodea la Guerra cuando en las identidades en conflicto fluye el sentido sacro o laico de cualquier mesianismo.

Piénsese a este respecto en la historia mesoamericana, no sólo cuando sobrevino la invasión de Occidente, cuando indudablemente los pueblos en conflicto tenían como misión la salvación del mundo, sino también en las luchas de las previas naciones indígenas como la que figuraron los tepanecas contra los mexicas con la intención de hacerles perder a éstos su identidad. Y es que, como mostrase Carla Pasquinelli,<sup>7</sup> la Guerra, aun en las antiguas sociedades sin organización estatal, ha tenido como función simbólica establecerse como el más importante instrumento de cohesión social: la guerra siempre ha posibilitado la unión para luchar contra del otro, contra de otras identidades.

La condición política de las presuntas partes contendientes previa al conflicto, mostraba realidades sociales más bien indiferentes a los nacionalismos o, más específicamente, a esos sentidos mesiánicos que los actos terroristas y las respuestas de las fuerzas estadounidenses vinieron a reavivar.

La Unión Americana, que siempre ha pretendido justificar sus intervenciones bélicas o económicas en el nombre de los derechos humanos y los ideales de la democracia, experimentó las elecciones más cuestionadas de su historia política, alcanzando la presidencia quien en la contienda electoral había recibido menor número de sufragios y se percibía la posibilidad de fraude en la región de Florida que finalmente le dio el triunfo al señor George W. Bush. Sin embargo, la declaración de guerra encubierta por diversos nombres como apelar a los términos de “justicia infinita” o “libertad perdurable”, propició el más alto margen de popularidad o consenso, no sobre la persona del presidente sino sobre las acciones de guerra proyectadas.

En el caso de Afganistán y los diversos grupos que no han dejado de luchar en esas tierras y que ha experimentado invasiones desde tiempos inmemorables, algunas de las cuales han sido repelidas por las propias fuerzas estadounidenses, habiendo contribuido al establecimiento del régimen talibán, el mismo que ahora, presume, lo amenaza, su identidad sacra alcanzó durante las acciones bélicas estadounidenses, el mayor consenso respecto de la unión de las fuerzas del Islam, mundialmente hablando.

El apoyo otorgado por gran parte de los países a la resolución de guerra de la administración Bush en razón de diversos intereses, entre los cuales se encuentran los económicos y particularmente la economía de Guerra, no se diga por los temores de posibles invasiones, no necesariamente ha significado, en gran parte de ellos, un apoyo a la Guerra sino a la condena de los actos terroristas. Y aún más, habría que diferenciar entre las declaraciones de los representantes oficiales, como en el caso de las naciones identificadas precisamente con el Islam (quienes igualmente condenaron los actos terroristas), y las manifestaciones de amplios conglomerados de sus sociedades que han enaltecido a quien hasta hoy se ha perfilado como el autor intelectual de la tragedia de Nueva York, Osama Bin Laden, y no dejan de repudiar las acciones de guerra ordenadas por Bush, cuestión que pone en riesgo el desenlace de mayores y más graves expresiones de violencia en la región, agudizándose, por ejemplo, la tensión en el conflicto “judío-palestino”.

En efecto, esa violencia que hoy se manifiesta en escenarios tan huidizos como con ambivalentes sentidos, es una de las expresiones de la razón extraviada, entonces, del desarrollo de la razón de la modernidad, es decir, aquella que ha implantado

<sup>4</sup> Cfr. *Para una crítica de la violencia*. Premiá editora, 3a. edición. México, 1992.

<sup>5</sup> Cfr. Tenorio Tagle, Fernando. *500 años de razones y justicia, las memorias del ajusticiamiento*. Especialmente el ensayo introductorio “La mirada judicial”. 2a. edición. UAM-A. México, año 2000.

<sup>6</sup> Cfr. *Los hijos del limo*, Seix Barral, Barcelona, 1974, p. 39.

<sup>7</sup> Cfr. “Poder sin Estado”, en *Poder y control*, núm. 1. Barcelona, 1987.

una nueva condición, precisamente: *la condición postmoderna*.

Y semejante condición ha representado igualmente para amplios márgenes de población (y no de manera reciente), la abrogación de la vida cotidiana, al menos de aquella presenciada en el imaginario social, proyectada en modo privilegiado por la diversidad de expresiones estéticas del mismo Occidente, como el caso de las producciones filmicas que pueden ir, de momentos dramáticos como acaece en “un tranvía llamado deseo” a las comedias que dibujan el sueño americano como las realizadas por los estudios Walt Disney. La vida cotidiana peligra, decididamente, no sólo cuando se radicalizan los procesos de institucionalización, tanto en el sentido de Goffman,<sup>8</sup> como en el sentido de colonización de Habermas, tal como puntualiza Agnes Heller,<sup>9</sup> sino también cuando la condición humana se contextualiza únicamente en la diaria sobrevivencia; entonces, en la que podría denominar la razón primaria, esto es, en el instinto.

La violencia invisible, aquella teorizada por Galtung como violencia estructural y descrita entre otros por Franz Fanon y Eduardo Galeano en algunos de los diversos contextos que han resentido esa forma de violencia y cuya consecuencia última ha sido minar las voluntades y con ello destruir la dignidad humana, constituye la expresión más hipócrita de la razón moderna pero ha sido al mismo tiempo la violencia que ha propiciado su propio extravío.

Esta razón que ha implantado finalmente a la condición posmoderna en el escenario global, ciertamente el único posible en el que podría desarrollarse luego de sus embrionarios localismos, y que por ello avanza en el descubrimiento de un nuevo mundo, es decir, la conciencia de que sólo podría existir un único mundo el cual hoy semejante razón desea para sí, ha encontrado una contraviolencia igualmente extraviada, solo imaginable en este mismo escenario de la mundialización, pero que da cuenta, entonces, de la existencia de una pluralidad de mundos acordes con la diversidad de culturas asentadas físicamente en el planeta.

En efecto, estos escenarios huidizos, producto de la sobreposición de las imágenes que precisa-

mente las palabras van proyectando, contextualizan indudablemente la reificación de una cultura de la fuga. Piénsese, sólo para mostrar los datos más evidentes, que los hechos verificados en Nueva York el 11 de septiembre habiendo muerto miles de civiles, actos calificados como terroristas, calificación de la que nadie duda como tampoco del miedo que los mismos han extendido, vinieron a motivar la declaración de una guerra contra de sus partícipes o autores intelectuales, movilizandolos a las fuerzas armadas para la búsqueda de delincuentes en forma además extraterritorial, con las consecuencias de toda guerra: la muerte de civiles (es decir, parece una declaración de estado de sitio pero en forma extraterritorial). Pero no sólo ello, semejante guerra al momento de declararla el presidente estadounidense, a la par de explicitar que no configuraba una “guerra santa”, invocó la protección y guía de la deidad de la manifestación de fe que él comparte. O bien, en el discurso pronunciado por el Primer Ministro británico, Antony Blair, afirmando que las acciones bélicas iniciadas y comandadas por Estados Unidos, a las que deseosamente se sumó el Reino Unido, no configuran actos de venganza sino de “justicia”, cuestión que se aproxima más hacia el “terrorismo de Estado” en las nuevas imágenes que va portando el escenario de la globalización. Piénsese a este respecto, en las reflexiones de Hans Magnus Enzensberger al referirse a los actos terroristas, cuando sus autores parodian aquello que atacan, cuestión presente en este caso tanto en las acciones contra Nueva York, como contra Afganistán: “Los asesinos afirman actuar en calidad de tribunal o como miembros de las fuerzas armadas, y su fantasía de omnipotencia convierte al escondrijo en cárcel del pueblo y el asesinato en ajusticiamiento”.<sup>10</sup>

Representa indudablemente un ejemplo burdo de la ambivalencia que la Modernidad trae consigo, como lo demuestra Zygmunt Bauman,<sup>11</sup> y que media la misión imposible de semejante proyecto, esto es, un horizonte que describiría no la verdad, sino la única verdad; no un orden, sino el único orden racional; la armonía, la pureza, esto es, nuevamente, el final de las historias,<sup>12</sup> o quizás, en la forma en que Roland Barthes lo podría teorizar, la construcción del mito

<sup>8</sup> Cfr. Goffman, Erving. “Internados”. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales. Amorrortu Editores. Argentina, 1998.

<sup>9</sup> Cfr. *Historia y futuro*. Especialmente el capítulo intitulado “¿Puede estar en peligro la vida cotidiana?”, Editorial Península. Colección “Historia, Ciencia, Sociedad, Barcelona”, año 2000 pp. 59-80.

<sup>10</sup> Cfr. “El vacío en el seno del terrorismo”, en *Mediocridad y delirio*, Anagrama, Colección Argumentos, Barcelona, 1991 p. 221.

<sup>11</sup> Cfr. “Modernidad y ambivalencia”, en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Beriain, Josetxo (compilador). Anthropos, Barcelona, 1996 pp. 73-119.

<sup>12</sup> Cfr. Bauman, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, Sequitur. Primera reimpression, España, 1998, p. 85.

de Occidente, de uno más, el necesario en las nuevas condiciones para afirmar su hegemonía en la aldea global.

Esa constante de la violencia, urgida siempre de justificación (y por ello siempre relatada en el terreno jurídico), se ambienta en las nuevas condiciones quizás en forma más ingenua y por ello mismo más cínica. Estas condiciones que he enunciado como posmodernas, no implican necesariamente el surgimiento de un pensamiento posmoderno que guíe a semejante violencia, aunque sí una actitud con el mismo calificativo, que extremando la crítica que dio sentido a la Modernidad, pierde toda credibilidad sobre los cánones modernos, generando el ambiente de la indiferencia y la individualidad que caracterizan las nuevas condiciones.

Semejantes condiciones de existencia, no son otras que aquellas guiadas por el propio capital que dieron lugar a lo que los economistas enuncian como capitalismo avanzado o capitalismo tardío, es por ello que, como Bauman afirma, siguiendo esta variable y las reflexiones de Antony Giddens, la posmodernidad bien podría afirmarse como modernidad avanzada o modernidad tardía.<sup>13</sup>

En la interpretación de Fredric Jameson, este ambiente económico que vendría a producir a las sociedades de consumo o al consumo en masas, trajo consigo diversas transformaciones que enmarca en el título "El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío". Piénsese, sólo para mostrar estas transformaciones que en el ámbito de la estética, que particularmente focaliza Jameson, viene a verificarse una ruptura con las antiguas élites y su producción "se ha integrado a la producción de mercancías en general"<sup>14</sup> una de cuyas consecuencias, como lo desprende Perry Anderson, es que "lo posmoderno está acompañado de un característico descenso de nivel".<sup>15</sup> Cuestión rastreable también en las nuevas formaciones de "intelectuales", es decir, en la vinculación cada vez más aguda de los posgrados y sus productos a las reglas del consumo de masas: se asiste más para la obtención de papeles con valor curricular, que para comprender los temas cuyos relatos se venden: ya cualquiera dicta conferencias y enseña en semejantes posgrados.

Quizás la forma más clara para apreciar las consecuencias de semejantes condiciones sea la sintética interpretación de Jameson:

"...toda esta cultura posmoderna, que podríamos llamar estadounidense, es la expresión interna y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana de dimensiones mundiales: en este sentido, como en toda la historia de las clases sociales, el trasfondo de la cultura lo constituyen la sangre, la tortura, la muerte y el horror."<sup>16</sup>

Para las cuestiones que aquí interesan, el crimen y el sistema penal, tales condiciones del capitalismo avanzado y el contexto de la individualidad y la indiferencia que paulatinamente ha venido a construir en diversas realidades, como ciertamente lo es México (sustituyendo aquel otro relativo a la común unidad y la solidaridad), han provocado también una metamorfosis del fenómeno criminal y del comportamiento de las instituciones que formalmente lo enfrentan. La ley y el orden, como el crimen, cobran cada vez más el sentido de ser mercancías por guiarse estrictamente de manera racional. Lo anterior ha provocado igualmente, que las antiguas categorías, pensadas para organizaciones sociales ya distantes, pierdan toda credibilidad y no sólo aquellas organizaciones producto de un ingenuo derecho penal decimonónico y una criminología también conservadoramente ingenua y por ello en la actualidad decididamente cínica, sino también las producidas por las antiguas vanguardias críticas de nuestros campos de estudio.

Hoy, las formas de criminalidad que cuantitativa y cualitativamente se desatan invadiendo todos los territorios, se alejan mucho de aquella distinción entre criminalidad convencional y no convencional, no se diga de las estigmatizantes calificaciones del delincuente como sujeto pasional, inculto, carente de afecto, producto de familias desintegradas, enfermo y otras categorías afines, en suma: el sujeto anormal, pues el delito, como nunca antes, comienza a desenvolverse como un negocio que año tras año tiende a incrementar sus utilidades y, por lo mismo, sus partícipes deben actuar racionalmente, exentos de pasiones, aunque las exploten en el conglomerado social.<sup>17</sup>

<sup>13</sup> Cfr. *Globalización. Consecuencias humanas* FCE, México, 1999.

<sup>14</sup> Cfr. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, 1a. reimpresión, Argentina, 1995, p. 18.

<sup>15</sup> Cfr. *Los orígenes de la posmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 1998, p. 88

<sup>16</sup> Cfr. *op. cit.*, pp. 18 y 19.

<sup>17</sup> Para una interpretación más amplia, véanse los 5 volúmenes iniciales de la serie "Ciudades seguras". Colección Política y Derecho, FCE (en prensa).

Estas formas privilegiadas de criminalidad y que han conducido al incremento del fenómeno, ya sea en el número de denuncias como en la extensión de la cifra oscura, va adquiriendo de la llamada criminalidad organizada, sus notas distintivas, a saber: actuar racionalmente libre de cuestiones emotivas por la guía del capital y organizarse en redes que involucren a elementos del propio sistema penal, quienes indudablemente se guían también por la misma racionalidad. De ello, quizás el problema más grave y al cual más adelante me referiré, es que los protagonistas son, entonces, personas normales.

Así las cosas, el terrorismo, un proceder sin duda alguna condenable no ha dejado de ser por ello, un acto también extremadamente racional; sea incluido en esta apreciación el terrorismo de estado. Y quizás este último, sea el que agote de manera más adecuada esta nota en el contexto del capitalismo tardío si se considera que gran parte de los ejecutores han actuado en modo mercantil. Las otras manifestaciones terroristas, cada vez más reducidas justamente por la clausura de los tiempos de lucha que esa condición posmoderna vino a eclipsar, no escapan de esta caracterización. En cualquier caso, estos fenómenos se han vinculado a otras diversas formas de criminalidad intercambiando, por ejemplo, drogas prohibidas producidas clandestinamente, por armas producidas legalmente aunque negociadas en la clandestinidad.

Sin embargo, tales procederes que ampliamente trató la literatura especializada en las décadas precedentes y sobre los cuales hoy parece haber una condena casi mundial, se distancian ampliamente de los actos terroristas que inauguraron el tercer milenio, como las guerras desde la del Pérsico a la actual guerra que comanda la Unión Americana, se alejan de aquellas otras escenificadas en el siglo XX.

Quizás la nota distintiva sea justamente otra de las implicaciones de la condición posmoderna, esto es, la debilidad, entre otros de los principios de la modernidad, del Estado Nacional. De este modo, puede conjeturarse que, más allá también de sus embrionarias escenificaciones, al orden global, comienza a corresponderle un terrorismo transnacional.

De este modo, de las guerras de la posguerra, sea Corea como Vietnam, como las diversas invasiones y dictaduras fomentadas durante la Guerra Fría, y que trajeron como consecuencia el endurecimiento del sistema penal a partir de las doctrinas y leyes de seguridad nacional, presenciadas también en el Este, se pasó

a las que Steven Best y Douglas Kellner visualizan como guerras posmodernas.<sup>18</sup>

Iniciado el capitalismo tardío, que los especialistas establecen al finalizar la segunda guerra mundial, provocada en parte por la industria de guerra y comenzada igualmente la Guerra Fría, diversas naciones, particularmente Estados Unidos y la ex Unión Soviética, iniciaron una carrera armamentista que condujo a un poderoso proceso de financiamiento de investigaciones en estos temas que, a su vez, condujo a un igualmente poderoso avance de diversas tecnologías como son los casos sobresalientes de las comunicaciones y la informática. De este modo, a la par de financiarse investigaciones para producir armas de amplios radios destructivos como son los casos de las armas nucleares y las biológicas, se vendrían a diseñar las tecnologías más avanzadas para alcanzar lo que Best y Kellner denominan el escenario de una guerra cibernética.<sup>19</sup>

Corea como Vietnam, más allá de la derrota de las fuerzas estadounidenses en esta última, mantuvieron el sentido de una guerra moderna contextualizada en el aún vigente pero ya atemorizado estado nacional, donde la misma racionalidad de Occidente entraba en conflicto; es decir, daban la apariencia de que el mundo sólo estaba dividido en dos partes. Sin embargo, la derrota del Este en la guerra fría, no significaría el encuentro con un único mundo, más allá de su valoración positiva o negativa.

Si Jameson visualiza el nacimiento de la condición posmoderna en Estados Unidos, y la raíz de semejante condición lo es el capitalismo avanzado, entonces, la idea de un único mundo vendría a posibilitar la escenificación de estas condiciones de manera global.

Las libertades que pregonó la Ilustración y dieron lugar a los estados nacionales, pero también produjeron las contradicciones sociales en todos los rincones del mundo, ya abundantemente tratadas a partir de las explicaciones de Marx, estas nuevas condiciones las reivindicarían de manera global a efecto de que las mercancías y la mano de obra necesaria, circularan libremente en el nuevo escenario. Sin embargo, esta aldea global, como cualquier ciudad de los antiguos cánones, mantiene también sus regiones de menesterosos a los que se les impide ejercitar esa "libre circulación". Como en todas las épocas y con sus diversas justificaciones, la urbe, de donde se

<sup>18</sup> Cfr. *The postmodern adventure*, Routledge. U. K., 2001.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 61.

derivan, por ejemplo las reglas de urbanidad, no casualmente señalada como burgos en la antigüedad media de Europa, siempre impidió o permitió, de acuerdo con sus necesidades, es decir, las de sus promotores, el arribo de los menesterosos, otrora de la ruralidad. Las antiguas reglamentaciones contra la vagancia y malvivencia, se encuentran más explicitadas en nuestros días en las leyes de extranjería. Los mismos discursos que entonces provocaban el miedo de los ciudadanos comunes, hoy se actualizan convirtiendo a los menesterosos, esto es a los inmigrantes pobres, legales o ilegales que éstos sean, en las nuevas clases peligrosas.

Sin embargo la mercancía y el capital circulan conforme a las leyes de la física a través de la red electrónica internacional (internet), absorbiendo las riquezas nacionales de los países todavía llamados subdesarrollados. En este sentido, Bauman considera “El folclore (*sic*) de la nueva generación de “clases esclarecidas”, gestado en el mundo feliz y monetarista del capital nómada, dice que, al abrir las esclusas y dinamitar las represas mantenidas por el Estado (Nacional), el mundo se convertirá en el reino de la libertad para todos. ....(pero), los pobres del mundo, –viejos o nuevos, hereditarios o informáticos–, difícilmente se reconocerían en semejante descripción ficticia”.<sup>20</sup>

Por ello, a la par que en el siglo XX las guerras fueron útiles instrumentos para contrarrestar las recesiones económicas, justificadas en la enunciación de enemigos externos, como fue el caso del comunismo, finalizado el conflicto, y con las nuevas condiciones de existencia propiciadas por los avances de la ciencia y la tecnología, como siempre ha acaecido, vinieron a figurarse nuevos enemigos de la “civilización”, calificados como terroristas. A partir de entonces, y con consensos de organismos que empiezan una nueva etapa también, por apreciarse como instancias de poderes supranacionales, se declararían la guerra del Pérsico, como las campañas de los Balcanes y en nuestros días, Afganistán resiente todavía la campaña denominada “Libertad perdurable”.

Los medios masivos de comunicación, que también se han modificado en la condición posmoderna, y que comienzan a personificar al nuevo Hermes, construyendo las historias que va portando Occidente, caracterizan nuevas notas de esta violencia extraviada,

como puede ser lo que Best y Kellner enuncian como realidad virtual y “megaespectáculo”,<sup>21</sup> que trae como consecuencia un proceso más refinado de alejamiento de las víctimas de semejante violencia, que las convierte en invisibles, como las afirma Bauman,<sup>22</sup> y que tienen el efecto de amortiguar las culpas que podría generar su visibilidad. Sólo considérese a este respecto, que los *mass media* difundieron ampliamente los actos terroristas, que indudablemente provocaron una casi unánime conmoción y condena mundial y las continuadas ritualidades de sus víctimas como un nuevo *memento mori*. En cambio, una audiencia ambivalentemente expectante, recepcionó, a manera de “Juegos de Guerra” o juegos cibernéticos, una campaña que demolía sólo objetivos militares y cuando más, los medios han venido enunciando pérdidas civiles inferiores a las de la tragedia de Nueva York.

Esa invisibilidad de las víctimas que recrea la ambivalencia de la Modernidad, como el “afecto”, tan deseado pero que de hecho afecta, se percibe, como conjetura Bauman, en la pena que experimentan las audiencias por las hambrunas que padecen los pueblos periféricos y simultáneamente festejan el derrumbamiento de los precios de las materias primas, que constituye la variable que condiciona semejantes hambrunas.<sup>23</sup>

Y esta ambivalencia que encubre y moldea a la razón moderna y que ya desatada ha impuesto la condición posmoderna, es la que a su vez, si nos aproximamos escrupulosamente, puede develar su propio extravío.

En *Modernidad y Holocausto* de Zigmunt Bauman, quizás el más conmovedor de sus textos, el autor mueve su interés reflexivo para desprender que este escandaloso acto: el asesinato en masa, vino a verificarse de manera por demás racional.

Sin más que la orden de Hitler, que con posterioridad extendió a toda Europa: “Deseo una Alemania limpia de judíos”, la burocracia militar se puso en actividad destinando la misión del Führer a la SS, particularmente a su sección de Administración y Economía.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, pp. 72 y ss.

<sup>22</sup> *Cfr.* Bauman, Zigmunt, *op. cit.*, pp. 31 y ss.

<sup>23</sup> A este respecto, Bauman señala: “Para entender como fue posible esta ceguera moral (refiriéndose al Holocausto), nos puede resultar útil pensar en los trabajadores de una fábrica de armamento que celebra “el aplazamiento del cierre” de su fábrica gracias a que se han producido nuevos pedidos mientras, al mismo tiempo, lamentan sinceramente las matanzas entre los etíopes y los eritreos”, *Modernidad y Holocausto*, *op. cit.*, p. 32.

<sup>20</sup> *Cfr.* *Globalización. Consecuencias humanas, op. cit.*, pp. 96 y 97.

Aun cuando se establecieron diversos planes que no implicaban la muerte de un pueblo, éstos fueron rechazados por ser irracionales, esto es, antieconómicos, como fue la sugerencia de trasladarlos a Madagascar. En tal virtud sus protagonistas idearon la “Solución Final”. De manera escrupulosa, los miembros de esta burocracia, más que actuar directamente, fueron muy precavidos en alejar a sus víctimas, entonces, en hacerlas invisibles. Gran parte de los partícipes fueron de hecho judíos, como aquellos que preparaban a los que serían conducidos a los “baños”, como se les llamaba a las cámaras de gas, a sabiendas de que serían ejecutados. Es más, como ésta era una misión estrictamente racional, aquellos nazis que disfrutaban del asesinato, eran enjuiciados por sus perversiones. No era ético disfrutar de la matanza. Es decir, los protagonistas eran personas “normales”.

Si se escudriña, a ésta, como a cualquier otra racionalidad, la misma toma como punto de partida ciertos principios a los que se considera dignos de ser perseguidos. Representa una forma que no se distancia de aquella lectura “ingenua” que comenta Stanley Cohen,<sup>24</sup> que ve al sistema penal como institución que ha seguido el proceso civilizador, esto es, un sistema que ha ido de la barbarie a la civilización, aunque esta categoría sólo parece referirse a Occidente.

Si la Modernidad resolvió el problema de la mesiánica guía de la eticidad divina de la Edad de la fe, que también derramó sangre en sus expansiones, la razón moderna parece haberse alejado de todo referente ético. De Nietzsche a Husserl, como de las izquierdas de los tiempos de lucha a las ideas posmodernas, todavía endebles, me parece, al menos en el ámbito epistemológico, no parece dudable, como el mismo Husserl lo denuncia, que haya habido acumulación de saberes, pero de lo que sí se duda o se sospecha es respecto del papel social que a la ciencia se le ha asignado. Todos esos avances, parece ser, han trabajado más para la violencia, visible o invisible, que para concretar las promesas que le dan consenso.

Finalmente, en el último apartado de *Modernidad y Holocausto*, que Bauman intitula “Idea de último momento: racionalidad y vergüenza”, pone a discusión no ya a la burocracia nazi, sino al protagonismo de las víctimas, que renuevan, quizás, la posibilidad de la aventura humana o, distanciándose, abrogar su

condición, como indudablemente se dirigieron, las tragedias que han iniciado el tercer milenio. Aquellos judíos que contribuyeron a la matanza de sus congéneres para retrasar la propia o la de miembros de su familia, como sucedió también con los llamados colaboracionistas franceses y de tantas otras nacionalidades, se hace inteligible, porque también actuaron en forma racional, a partir de esa racionalidad primaria, el instinto, con la que se abrogó la condición humana.

He ahí la importancia que desprende Canetti para construir una cultura que tenga conciencia de las palabras.

El ensayo que intitula “La labor del escritor”, afin en parte a otras propuestas como las de Antonio Gramsci, fue motivado por la ambivalente emoción que le provoca un anónimo previo a la segunda guerra mundial que indicaba: “si en realidad fuese escritor podría haber evitado la guerra”.

Semejante anónimo vuelve a poner en la mesa de discusión no únicamente el papel social de los intelectuales sino también de las ideologías que se construyen; de las fantasías que reaniman los ideales; en suma, de la cultura, esto es, las posibilidades de la condición humana.

La sufrida impotencia del autor del anónimo, quien asume como un moderno *pharmakos* las culpas ajenas, muestra, por una parte, el destello ético que la razón moderna ha obviado en su avidez de “progreso” despreciando las posibilidades de vergüenza y, por la otra, que Thanatos, como afirmase Freud, no ha dejado de vencer a Eros.

## Bibliografía

- ANDERSON, Perry “Los orígenes de la posmodernidad”. Anagrama. Barcelona, 1998.
- BAUMAN, Zygmunt “Globalización. Consecuencias humanas”. FCE. México, 1999.
- BAUMAN, Zygmunt “Modernidad y ambivalencia” en: “Las consecuencias perversas de la modernidad”. Beriain, Josetxo. (compilador). Anthropos. Barcelona, 1996.
- BAUMAN, Zygmunt. “Modernidad y Holocausto”. Sequitur. Primera reimpresión. España, 1998
- BENJAMIN, Walter “Para una crítica de la violencia”. Premiá editora, S.A. Tercera edición. México, 1992.
- BEST, Steven y KELLNER, Douglas “The postmodern adventure” Routledge. U. K. 2001

<sup>24</sup> Cfr. *Visiones del control social*, PPU, Barcelona, 1985.

- CARNETTI, Elias "La labor del escritor", en *La conciencia de las palabras*. FCE. México, 1980.
- Resta Eleigio "La desmesura de los sistemas penales". En *Poder y control*. No. "0". Barcelona 1985.
- "Ciudades seguras". Colección Política y Derecho. FCE. (en prensa).
- COHEN, Stanley "Visiones del Control Social". PPU. Barcelona, 1995
- GOFFMAN, Erving. "Internados". Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales. Amorrortu Editores. Argentina, 1998.
- HELLER, Agnes "Historia y futuro". Editorial Península. Colección "Historia, Ciencia, Sociedad". Barcelona, año 2000.
- JAMENSON, Frederic "El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado". Ediciones Paidós. Primera reimpresión. Argentina.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus "El vacío en el seno del terrorismo" en "Mediocridad y delirio". Anagrama. Colección Argumentos. Barcelona, 1991.
- PASQUINELLI, Carla "Poder sin Estado". en *Poder y control* No. 1. Barcelona, 1987
- PAZ, Octavio "Los hijos del limo" Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona.
- TENORIO TAGLE, Fernando. "500 años de razones y justicia, las memorias del ajusticiamiento" en "La mirada judicial". 2ª. Edición. UAM-A. México, año 2000.